

Cuba en Bolivia

Elizabeth Burgos

ANTECEDENTES

Está bien reciente el caso de Bolivia, donde los mineros, con cartuchos de dinamita, derrotaron y aplastaron a los regimientos del ejército regular.

Pero los cubanos, por suerte, no tenemos que buscar ejemplos en otro país, porque ninguno es tan elocuente y hermoso como el de nuestra propia patria.

FIDEL CASTRO

La Historia me absolverá

Es probable que la cita anterior sea la primera referencia a Bolivia en un documento del castrismo y, con la distancia del tiempo, adquiere un sentido premonitorio, dado el papel decisivo que jugará Cuba en Bolivia. Porque, si bien los cubanos no necesitaban buscar ejemplos en otros países en materia de revolución¹, como lo expresa Fidel Castro con un dejo de arrogancia, éste sí impondrá el ejemplo cubano, no sólo en Bolivia y países limítrofes, sino en todo el continente, e incluso más allá.

Como líder del ataque al Cuartel Moncada, Fidel Castro se siente justificado por el tipo de arma utilizada por los mineros bolivianos y no por el papel decisivo que estos jugaron en el desenlace de la revolución de abril de 1952. Los mineros demuestran lo mal fundado de las críticas en relación al armamento obsoleto con que los rebeldes cubanos pretendían vencer a un ejército fuertemente equipado. Para la visión castrista, la acción política es un hecho meramente técnico y de voluntarismo; se hace poco caso del contexto y de los actores, y se le otorga prioridad a la audacia. Es por ello que, en un país sumamente politizado y culturalmente complejo como Bolivia, donde la acción sindical ha moldeado profundamente la acción política, la visión reductora del castrismo ha introducido comportamientos que han trastocado el ritmo político.

Al abordar las relaciones entre Cuba y Bolivia es necesario situarlas en el contexto de la voluntad de expansión del castrismo, una empresa que maduró con precocidad en la mente de Fidel Castro. Tal voluntad se ha achacado a la influencia de Ernesto Guevara (que, por cierto, visitó Bolivia poco tiempo después de la revolución de abril de 1952) y a sus célebres recorridos

por América Latina. En cambio, se le ha otorgado poca relevancia a los viajes de Fidel Castro previos a la Revolución, a una edad bastante precoz y que, al contrario de los de Guevara, se inscribían en el marco de un proyecto político preciso. La presencia de Cuba en el panorama político boliviano se amolda a la lógica del proyecto continental de Fidel Castro, con el que coincidió más tarde Ernesto Guevara, y no a la inversa.

Si Fidel Castro estuvo presente en Bogotá durante el célebre «bogotazo», fue para impulsar la creación de un movimiento latinoamericano de estudiantes auspiciado por el peronismo, dada la visión continental que animaba al joven Castro. Ya él había acudido a Panamá para asistir a una reunión de estudiantes panameños, y a Venezuela, atraído por el proceso político bajo la presidencia de Rómulo Gallegos. Con apenas veintitún años, se había enrolado en la expedición de Cayo Confites que debía derrocar al dictador Trujillo.

El 23 de enero de 1959, pocos días después de su entrada en La Habana, Fidel Castro viaja a Venezuela, que por entonces inauguraba su flamante democracia. En Caracas pronuncia tres discursos donde perfila el proyecto de expansión de la Revolución Cubana, incitando a la toma del poder por medio de las armas. Por su parte, Ernesto *Che* Guevara pronunciaba en La Habana un discurso destinado a los miembros del Ejército Rebelde, en el que aludía al ejemplo para América Latina de haber «demostrado que un pequeño grupo de hombres decididos, apoyados por el pueblo y sin miedo a morir si fuera necesario, puede llegar a imponerse a un ejército regular disciplinado, y derrotarlo definitivamente». Guevara proseguía advirtiendo que la Revolución «no estaba limitada a la Nación cubana, pues ha tocado la conciencia de América» y que, como Cuba es un país pequeño, necesitaba el apoyo de «todos los pueblos democráticos y, especialmente, de América Latina». Concluía invocando la necesidad de mantenerse en pie de lucha para que la «victoria no sea transitoria y sea el primer paso de la victoria de América»².

Estas iniciativas contrastan con la versión oficial cubana que asegura que la exportación de la Revolución fue consecuencia de la política de enfrentamiento de Estados Unidos hacia Cuba. Lo cierto es que las incitaciones a tomar las armas y las expediciones a países vecinos —República Dominicana, Nicaragua, Panamá, Haití, cada vez con un saldo trágico—, comenzaron en los primeros meses de 1959, antes de la crisis entre Estados Unidos y la Isla.

BOLIVIA: BASE DE OPERACIONES IDEAL

Dentro del marco expansionista de la Revolución, a Bolivia se le adjudicó un papel central. Primeramente, por constituir un terreno favorable para la aplicación del pragmatismo militarista castrista: dadas las posibilidades geográficas, al compartir frontera con casi todos los países del sur del continente y, luego, por el espacio de la política en la vida del país. Su marcada tendencia a la «rebelión permanente», a la persistencia de conflictos y sublevaciones, hacían de ese país un centro de irradiación revolucionaria ideal.

Pocos años separaban 1959 de la revolución boliviana de abril de 1952. Los «diplomáticos» que, a partir de entonces, tomaron a su cargo la Embajada cubana en La Paz, no sólo fueron recibidos con beneplácito por los sectores sindicales y políticos. Bolivia, pese a los signos de desgaste que ya se percibían, vivía aún bajo el influjo de su propia revolución, y todo cuanto se relacionaba con hechos de esa naturaleza era acogido con simpatía, incluso por el propio Gobierno boliviano, entonces bajo la presidencia de Víctor Paz Estenssoro, con el que la Embajada cubana mantenía relaciones estrechas y cuyos miembros eran asiduos invitados a la Isla, en donde, como a todos los invitados extranjeros, se les prodigaban las atenciones del *tratamiento*, una práctica de don siciliano, que crea las mismas obligaciones que una deuda.

En Bolivia, los expertos cubanos aplicaron todas las técnicas de la diplomacia militar/subversiva que ha caracterizado a la práctica del castrismo: el *entrismo*, el *tratamiento*, el *reclutamiento*, las *complicidades*. El *entrismo* es la técnica trotskista para penetrar los partidos comunistas, crear dentro de ellos una corriente antiestalinista favorable a sus ideas, con el propósito de debilitarlos y culminar con la división de los partidos. Al *entrismo*, aplicado por los diplomáticos cubanos, le seguía el *tratamiento*: seducir a los candidatos creando una situación de dependencia por los favores que les brindan; dependencia incluso afectiva, dada la familiaridad que imprimen a la relación. Luego, proceden al *reclutamiento*; por lo general, de personalidades claves en el seno del poder y de las organizaciones de izquierda. Los reclutados pasan a formar parte de la elite cubana, detentando sus mismos privilegios, y ya no responderán ni a la línea de su organización ni a los intereses de su propio país. La *complicidad* caracterizó las relaciones del Partido Comunista Boliviano (PCB), en particular de Mario Monje, con el aparato cubano, así como las del gobierno de Paz Estenssoro y de los que surgieron tras la vuelta a la democracia. Desde 1961, cuando comienzan a organizarse desde Cuba focos guerrilleros en el sur del continente, las relaciones entre el gobierno de Paz Estenssoro y los cubanos llegaron a tal grado de *complicidad*, que los cuerpos policiales cerraron los ojos ante la organización, en territorio boliviano, de guerrillas destinadas a operar en los países limítrofes.

Tras los fracasos trágicos de la primeros desembarcos, se decide profesionalizar el proyecto y se crean las escuelas de entrenamiento guerrillero en la Isla. Miles de estudiantes acuden con la coartada de realizar estudios universitarios, pero, en realidad, el propósito era entrenarlos ideológica y militarmente. Por cierto, ese período de 1960-1966 coincidió con las rebeliones armadas anticastristas que estallaron a todo lo largo de la Isla. Muchos de esos jóvenes latinoamericanos participaron, junto a las milicias y tropas oficiales encargadas de exterminar a los «alzados», en la llamadas «limpias». Era una manera de entrenarlos en el escenario real de una guerra contrainsurgente.

La presencia cubana en Bolivia se desarrolla siguiendo la progresión de las crisis que enfrenta Cuba en el continente, y de las crisis que estallaron entre la URSS y China, y que tuvieron honda repercusión en Bolivia.

I

En una primera fase, el escenario se caracteriza por las relaciones de *complicidad* entre el régimen cubano, el PCB y el gobierno boliviano.

Cuba, en su empeño de convertirse en líder de la revolución continental, emprendió una dinámica de enfrentamiento con los partidos comunistas opuestos a la lucha armada: a espaldas de estos, reclutaba a sus militantes, los atraía a la lucha y los incitaba a montar frentes guerrilleros en sus respectivos países. No obstante, desarrolló lazos de *complicidad* y de cooperación con el PCB, de ahí que tal partido suscribiera un acuerdo con Fidel Castro y Ernesto Guevara para servir de apoyo y de base logística a los grupos procedentes de Cuba que, tras haber terminado su entrenamiento, regresaban al continente dispuestos a organizar guerrillas en los países limítrofes. A cambio, Bolivia quedaba preservada de las aventuras guerrilleras de La Habana. Comenzaba así esa extraña y conflictiva relación, cuya historia todavía está por escribirse.

Mario Monje, secretario general del PCB, convirtió a Bolivia en una base de operaciones de Cuba y puso a su disposición un grupo de sus mejores cuadros para ocuparse de la recepción, alojamiento y traslado de los grupos guerrilleros. Además, el PCB oficiaba de mediador entre Cuba y el gobierno de Paz Estenssoro, quien no sólo cerraba los ojos, sino que simpatizaba con los proyectos armados, en la medida en que estaban dirigidos contra gobiernos no afines, como los del Perú y Argentina. Pues el gobierno militar peruano prestaba ayuda a la Falange Socialista Boliviana, de extrema derecha, opuesta a la revolución boliviana, y el gobierno argentino en funciones era el que había derrocado a Perón, quien prestó una ayuda decisiva a Paz Estenssoro —ambos compartían afinidades ideológicas— cuando éste se asiló en Buenos Aires. Más tarde, el gobierno argentino ayudó a la revolución boliviana del MNR.

Las relaciones entre Mario Monje y Fidel Castro son las más ambiguas que pueda imaginarse. La crisis entre el PCB y La Habana sobreviene cuando Monje descubre que el proyecto de Ernesto *Che* Guevara era utilizar a Bolivia como centro desde donde irradiar la revolución a los países limítrofes, por lo que Mario Monje terminó retractándose³. Pero antes, Monje, que también siguió cursos de entrenamiento militar en Cuba, había manifestado su intención de desencadenar la lucha armada en Bolivia, sólo que dirigida por él. No aplicaría la técnica guevarista del foco guerrillero, sino la insurrección, más acorde con la tradición boliviana.

Por su lado, los cubanos, según afirma Humberto Vásquez Viaña⁴, aceptaron las condiciones de Paz Estenssoro: no romper las relaciones diplomáticas con Cuba a cambio de que Cuba no fomentara focos guerrilleros en Bolivia. «Desde la embajada cubana en La Paz, frenaron muchas veces las luchas sindicales mineras» que comenzaban a darse contra el gobierno de Paz Estenssoro y que, según la tradición del país, podían tomar un sesgo insurreccional. Tampoco estimularon, como sí sucedió en Venezuela y en el Perú, el surgimiento de facciones procubanas en el seno de los partidos de izquierda⁵.

En la Embajada cubana funcionó un equipo integrado, desde el inicio, por miembros del Departamento Liberación —más tarde Departamento América, adjunto al MININT y dirigido por el comandante Manuel Piñeiro—. Tal equipo contaba con expertos como Juan Carretero *Ariel*, responsable de Bolivia, y con veteranos de la Sierra Maestra, muy cercanos a Ernesto *Che* Guevara, como *Olo* Pantoja y *Papi*⁶, que luego morirían junto a él en la aventura de Ñancahuazú. Estos «expertos en diplomacia revolucionaria» permanecieron en el país de 1959 a 1964, cuando, finalmente, Paz Estenssoro se vio obligado a romper relaciones diplomáticas. No obstante, los cubanos dispusieron del tiempo suficiente para sentar las bases políticas y operativas, soporte de la ininterrumpida influencia cubana. Tras la ruptura diplomática, como declaró Manuel Piñeiro en la, tal vez, única entrevista sobre esos acontecimientos:

(...) conservamos muy buenas relaciones con todas las fuerzas políticas bolivianas, con todos los partidos políticos, de izquierda, progresistas, con el movimiento popular, estudiantil, minero, campesino e, incluso, *con la oficialidad —incluyendo altos oficiales—* [el subrayado es nuestro] de las Fuerzas Armadas Bolivianas. Algunos de ellos expresaban su solidaridad hacia la Revolución Cubana, y cooperaban con nosotros, ya fuera entregándonos información o en la implementación de algunas acciones contra la política norteamericana en América Latina⁷.

Aunque la cooperación con Cuba de, incluso, «altos oficiales» es de extrema importancia, no ha llamado la atención de tanto biógrafo y experto dedicado a la productiva industria del mito guevariano. Si Cuba poseía esos contactos, no le era entonces imposible acudir en ayuda del guerrillero acorralado en Bolivia. Por tanto, esto subraya la tesis del abandono de Ernesto Guevara por el Poder cubano.

La primera misión de apoyo a cargo del PCB, la Operación «Matraca», consistió en la acogida de un grupo comandado por Héctor Béjar, expulsado del Partido Comunista Peruano, quien fundó, junto a otros expulsados, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) que, tras recibir entrenamiento en Cuba, ingresó en Bolivia a principios de 1963 al mando de una futura columna guerrillera que debía operar en el Perú. El PCB responsabilizó de esa operación a un grupo de sus mejores militantes que, más tarde, se uniría al proyecto guerrillero de Ernesto *Che* Guevara.

Tras varios meses de permanencia en Bolivia, los peruanos penetraron en su propio territorio. Descubiertos por las autoridades peruanas en la frontera de Madre de Dios, se dieron a la fuga y algunos fueron apresados. El caso más sonado fue el de Javier Heraud, poeta de veintidós años, ultimado por el ejército cuando trataba de escapar en una embarcación. Los que lograron huir regresaron sobre sus pasos. De nuevo, Bolivia les brindó protección y asilo político. Héctor Béjar, el líder del grupo, ha narrado que al querer explicar su situación al agente de Control Político boliviano que lo

interrogaba, éste le dijo: «nosotros sabemos toda la historia; a ustedes Castro los ha mandado a morir». Mientras fue interrogado por la policía política boliviana, le mostraron la fotografía de *Papi*⁸, el oficial de inteligencia que desde la Embajada cubana tenía a su cargo el seguimiento de la operación. *Papi* regresará dos años más tarde para preparar, en Bolivia, las condiciones a Ernesto *Che* Guevara.

Los peruanos reorganizaron de nuevo el grupo en Bolivia y lograron, al fin, acceder al Perú y cumplir con el cometido de fundar un foco guerrillero que tuvo corta duración. Fue liquidado al cabo de un año por el ejército peruano, al igual que los otros frentes del MIR, dirigido por Luis de la Puente Uceda. Por esa misma época, el PCB acogió la Operación «Sombra», del Ejército Guerrillero del Pueblo (ECP). Integrado por argentinos y cubanos al mando del periodista argentino Ricardo Masetti, fundador de Prensa Latina y muy cercano a Guevara, el ECP ingresó en territorio argentino para crear un foco guerrillero en la región de Salta, al que debía integrarse el *Che*. El intento terminó, como los anteriores, de manera trágica.

La libertad de movimiento de los «diplomáticos» cubanos se modificó al romper el gobierno boliviano, a su pesar, las relaciones diplomáticas con Cuba⁹. Por esos días, el presidente venezolano, Rómulo Betancourt presentó ante la OEA, como prueba de la injerencia cubana en los asuntos internos del país, un cargamento de armas descubierto en las playas de Falcón, que llevaba impreso el escudo cubano. Ya Cuba había sido excluida de la OEA, pero esta vez se decidió la ruptura de las relaciones diplomáticas con Cuba de los países miembros, excepto México y Jamaica, que se negaron. Cuba perdió así al mejor aliado para sus propósitos de expansión de la Revolución. A partir de entonces, los ingresos cubanos a Bolivia se hacen de forma clandestina, en particular tras el golpe de Estado del general René Barrientos, que derrocó a Paz Estenssoro en 1964.

II

Durante esta segunda etapa, la injerencia cubana en Bolivia alcanza momentos culminantes y se modifica la actitud de La Habana hacia el PCB: éste es sometido al *entrismo* y se recluta a sus miembros motivados por la línea cubana. Un agente encubierto de la Isla es enviado a La Paz en 1964 para suplir el vacío dejado por los funcionarios de la Embajada: Tamara Bunker Bider, alias Laura Gutiérrez Bauer, *Tania*, quien se introduce en el círculo del nuevo poder, dirigido por el general René Barrientos.

Ernesto *Che* Guevara abandona derrotado el Congo y se refugia un tiempo en Tanzania, y luego en Praga. Al publicar Fidel Castro su carta de despedida, imposibilita la reaparición de Guevara en público. Fidel Castro escoge (o le sugiere) (existen versiones controvertidas acerca de quién tomó la decisión) Bolivia como escenario donde ejercer su afición a la guerra, rompiendo así el convenio establecido con el PCB, que ni siquiera fue puesto al corriente de esa decisión. Se recurre al mismo escenario empleado para la

operación peruana y la argentina. Fidel Castro pide a Mario Monje que acoja y provea de personal y apoyo logístico a un grupo que «se dirigía a la Argentina». (Existe una ingente bibliografía sobre este episodio, pero persisten muchas zonas de sombra y aún no se ha dicho la última palabra). El desenlace fue el mismo que en los anteriores intentos, aunque esta vez los comunistas bolivianos que habían colaborado con los peruanos y argentinos, como *Coco* e *Inti* Peredo, Jorge Loro Vásquez y otros, deciden integrarse al proyecto de Guevara. La mayoría perece en la aventura. *Inti* Peredo, uno de los pocos supervivientes, asume la jefatura de un nuevo núcleo guerrillero, decide continuar la obra trunca de *Che* Guevara y proclama su intención de «volver a las montañas».

III

El trauma causado por la muerte de Ernesto Guevara inicia un período en el que prima la voluntad sacrificial por encima de la realidad política; Cuba impulsa la puesta en marcha de un nuevo proyecto guerrillero en Bolivia, apoyándose esta vez en la colaboración de un grupo importante de militantes socialistas chilenos. Gracias a un sistemático trabajo de *entrismo* para favorecer el surgimiento de facciones fieles, estos se habían convertido en colaboradores activos del aparato cubano. Entre ellos se encontraba *Tati* Allende, hija y estrecha colaboradora de Salvador Allende, en particular, cuando éste asume la Presidencia de la República.

Hacia Chile escaparon los sobrevivientes cubanos de la guerrilla tras la muerte de Ernesto Guevara. Cuando *Inti* Peredo logró escapar de Bolivia a Chile, fue acogido por *Tati* Allende y el aparato socialista chileno adscrito a Cuba. En la Embajada cubana en Santiago de Chile se congregó la elite de los servicios de inteligencia cubanos y del Departamento América. Luego, *Inti* viajó a Cuba para organizar el próximo foco de guerrilla en Bolivia, que iba a ser integrado por los bolivianos que no tuvieron tiempo de sumarse al grupo de Ernesto Guevara, más voluntarios argentinos y chilenos deseosos de «seguir el ejemplo del Che» y de expiar su muerte. El nuevo intento guerrillero se decide sin analizar las razones del fracaso de Ernesto *Che* Guevara. El deseo de vengar su muerte fue el móvil que se impuso ante cualquier intento racional de comprensión. Y durante este período tuvieron lugar varias ejecuciones de personas involucradas en la derrota de la guerrilla.

La participación chilena no se limitó a la colaboración. Captados por el proyecto cubano, los chilenos se implicaron directamente en el nuevo plan boliviano. El periodista Elmo Catalán llegó a ocupar un cargo en la dirección del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y terminó asesinado, junto a su compañera, Genny Köller, por un miembro boliviano de la propia organización. (Dadas las relaciones conflictivas que, por razones históricas, mantienen Bolivia y Chile, otorgar el mando a un chileno y situar en posición de subalterno a un boliviano, puede terminar de manera trágica).

El triunfo de Allende brindó a Cuba una nueva base de apoyo y logística al servicio de la expansión de la Revolución. Al igual que Paz Estenssoro en Bolivia, Allende dejaba actuar a los cubanos, salvo que esta vez la Isla impulsó el *entrismo* al más alto nivel y el surgimiento de corrientes identificadas con su línea. En Chile, el *entrismo* cubano tuvo como objeto al Partido Socialista, donde se desarrolló una corriente militarista, y a la Democracia Cristiana, donde surgió una corriente radical de izquierda. Cuba impulsó la creación del MIR, que adoptó abiertamente la violencia política, al igual que en Venezuela y Perú, donde surgieron organizaciones homónimas. Esas corrientes radicales de izquierda, centradas en el acoso a la línea «reformista» de Allende, contribuyeron decisivamente a la polarización del clima político chileno que culminó en el golpe de Estado en septiembre de 1973. El Partido Comunista Chileno (PCCh), decididamente opuesto a la lucha armada, se libró por entonces del acoso cubano. Tras el golpe de Estado de Pinochet, Cuba logró imponer al PCCh la línea de la violencia política.

El regreso de *Inti* a Bolivia, el 9 mayo de 1969, para ocupar la dirección de la nueva guerrilla, coincidió con la muerte accidental del general Barrientos el 27 abril de 1969, fecha que marca el advenimiento de un nuevo período histórico. En menos de un año, se transforma, a fondo, el panorama político del país y se opera un cambio en el comportamiento cubano. Pero Cuba no da explicaciones a *Inti*. Cancela la participación de *Pombo* y *Benigno*, las dos figuras históricas sobrevivientes de Ñancahuazú que debían incorporarse al nuevo foco. A *Pombo* se le impide salir de Cuba, y a *Benigno*, que ya se encontraba en Roma camino a Bolivia, se le ordena regresar. De repente, *Inti* se encontró privado de los más importantes expertos y de medios para organizar un aparato urbano que le permitiera sobrevivir clandestinamente, mientras organizaba el foco¹⁰. Todos los testimonios concuerdan: fue significativa la falta de medios durante su corta clandestinidad hasta su muerte violenta¹¹. El hermano menor, *Chato* Peredo, siguiendo la tradición castrista, tomó las riendas del ELN y del nuevo foco guerrillero de Teoponte.

Entre la muerte de Ernesto Guevara y la puesta en marcha de la nueva guerrilla, varios elementos de índole nacional e internacional obligaron a Cuba a disminuir su entusiasmo por los nuevos planes guerrilleros. A la muerte, en un accidente de helicóptero, del general René Barrientos, asume la Presidencia de Bolivia el abogado Adolfo Siles Salinas, hasta entonces vicepresidente. Bajo su mandato, muere *Inti* Peredo el 9 de septiembre en un enfrentamiento con la policía. El 26 de septiembre, el general Alfredo Ovando, jefe de las Fuerzas Armadas, da un golpe de Estado y forma un gobierno civil-militar integrado por personalidades civiles de gran prestigio, pertenecientes a la corriente más progresista del nacionalismo de izquierda boliviano, entre ellas Marcelo Quiroga Santa Cruz como ministro de Minas y Petróleo. El Gobierno anula el Código del Petróleo, restablece las libertades sindicales, condena el «neocolonialismo», restablece relaciones diplomáticas con la URSS, y expresa su deseo de establecer relaciones diplomáticas

con todos los países del mundo, e incluso, se comenta, con Cuba. El 17 de octubre, el Gobierno se proclama «revolucionario», decreta la nacionalización de la Bolivian Gulf Oil Company, y ese día es proclamado el Día de la Dignidad. La jerarquía castrista no podía dejar de tomar en cuenta este vuelco político que la coloca en la disyuntiva: continuar fiel al dogma de la lucha armada o, por el contrario, optar por la *realpolitik*. Fidel Castro, fiel a su gusto por la maniobra táctica y para preservar su reputación de guerrero irreductible, optó por aplicar ambas opciones a medias. El ELN, fiel al legado de Ernesto Guevara, minimizó en un comunicado público la medida tomada por el Gobierno, declaró que la nacionalización del petróleo fue «pactada con el imperialismo» y que la lucha continuaría. Inmediatamente, el ELN se lanzó a realizar atracos para obtener fondos, sembrando el descontento en la población. A ello se agregaron las muertes trágicas de militantes del ELN a manos de la propia organización, pero adjudicadas a las fuerzas policiales. *Maya*, miembro del aparato urbano, tras caer herida en un enfrentamiento con la policía, fue ultimada a pedido suyo por su compañero antes de que éste huyera. Días más tarde, su compañero terminó suicidándose. El chileno Elmo Catalán y su compañera fueron asesinados por otro miembro de la organización. El ELN intentó maquillar esas muertes imprimiendo signos de tortura en los cuerpos para adjudicarlas a los órganos represivos. Ello dañaba la imagen del gobierno de Ovando, aunque luego el ELN reconoció la autoría de los asesinatos.

La violencia por parte del ELN convocaba y justificaba la acción de la policía, y contribuyó al rápido desgaste del gobierno de Ovando, que se derrumba al desencadenarse el foco guerrillero de Teoponte en el que participan miembros de las clases media y media alta, muchos provenientes de la Democracia Cristiana, motivados por la figura jesucristiana de Ernesto Guevara como elemento catalizador. Menos la jerarquía al mando, casi todos los miembros de esta guerrilla resultaron muertos, «cazados como conejitos», según la expresión de un mayor del ejército que participó en la campaña y a quien yo conocí en Camiri. De 67 guerrilleros, entre ellos ocho chilenos, sobrevivieron nueve, tres de ellos chilenos. La muerte de aquellos jóvenes, la futura elite intelectual, conmovió profundamente a su entorno social. Las exequias fueron una manifestación masiva que colmó El Prado, la avenida principal de La Paz. Allí escuché decir a un minero: «Cuando nos matan, a nosotros no nos entierran así».

Cuando el general Ovando toma el poder, el contexto político de América Latina era favorable a él, pero era consciente de que su suerte dependía en gran medida de Cuba, y así se lo hizo saber a Fidel Castro. Pese a cargar con la muerte de Ernesto Guevara, el programa del gobierno de Ovando coincidía con el de otros gobiernos militares-nacionalistas de izquierda¹², como el fundado el 3 de octubre de 1968 en Perú por el general Juan Velasco Alvarado, que contó con el inmediato apoyo cubano, pese a pertenecer al mismo ejército que un año atrás había liquidado a todos los frentes guerrilleros auspiciados por Cuba¹³, resultando muertos Luis de la Puente Uceda,

Lobatón, y otros. El 11 de octubre de 1968, el general Omar Torrijos instauraba en Panamá un gobierno cercano a Cuba. Se percibía entonces el surgimiento de movimientos favorables a la línea antimperialista cubana en el seno de las fuerzas armadas latinoamericanas. Por último, en Chile, otro país fronterizo con Bolivia, Salvador Allende gana las elecciones y, en Venezuela, la Democracia Cristiana amnistía a los guerrilleros que regresan a la vida democrática y realiza una apertura hacia Cuba. Pese a la Guerra Fría, se percibía un panorama propicio a la *realpolitik* con la presencia activa de Cuba, a condición, por supuesto, de que se anduviese con cordura y serenidad, cualidades reñidas tanto con el castrismo como con la Administración estadounidense de entonces y con el ritmo de revolución permanente que se le imprime en Bolivia a la acción política.

A través de mí, el general Ovando tomó la iniciativa de enviar un mensaje a Fidel Castro, que podría resumirse del modo siguiente: si Cuba otorgaba su apoyo al gobierno, producto de un golpe de Estado, del general Velasco Alvarado, y al gobierno electo de Allende, cuando ni uno ni otro habían sido el resultado de una guerra revolucionaria, tal como prescribe la doctrina cubana, que actuara de la misma forma hacia su gobierno, que había tomado medidas tan radicales como las tomadas en el Perú y en Chile. Que en lo relativo a la liberación de Régis Debray¹⁴ —Ovando sabía que ésta era la condición ineludible que pondría Cuba antes de entablar cualquier relación con el gobierno boliviano—, él no podía excarcelarlo de inmediato porque sería una provocación al sector ultra del ejército, todavía bajo el choque de la guerrilla. Aunque ganara el apoyo de la izquierda, de los sectores progresistas y, sobre todo, se neutralizara a la izquierda guevarista que se disponía a continuar la lucha armada, se corría el riesgo de provocar una rebelión en los cuarteles. El apoyo de Cuba a su gobierno ayudaría a corregir la imagen negativa de las Fuerzas Armadas ante la opinión pública y a distender la actitud de las mismas hacia la liberación de Debray. E, incluso, una entente cubano-boliviana contribuiría a distender las relaciones entre Bolivia y Chile, el enemigo por excelencia, culpable de la pérdida del litoral boliviano.

Según el convenio negociado por Francia, el gobierno de Barrientos había puesto como condición para autorizarme a viajar cada tres meses a Bolivia y visitar a Régis Debray, que por ningún concepto yo podría viajar a Cuba ni a Chile. Tras el mensaje, Cuba puso a prueba a Ovando haciéndome viajar abiertamente a la Isla en 1970, en calidad de invitada a la conmemoración del 26 de Julio. Por otro lado, Cuba mostró la voluntad de entrar en una fase de deshielo, publicando en la revista *Pensamiento Crítico*¹⁵ un ensayo de Debray —el primer texto de índole política que las autoridades militares le autorizaban a sacar de la prisión y a publicar en el exterior— que analizaba el nuevo panorama político surgido en Bolivia tras las medidas del gobierno de Ovando. Dada la coyuntura, se requería una tregua de la violencia, y el ensayo aplaudía la actitud asumida por los sindicatos y universidades: un «apoyo crítico y vigilante». La postura de Debray sobre la persistencia de ese tipo de operaciones se la hizo saber al ELN en carta,

sacada clandestinamente de la prisión, dirigida a *Chato* Peredo, recordándole que «hay épocas para prepararse y épocas para pasar a la acción». Éste respondió en carta pública que apareció en la prensa, donde expresaba, citando al Che: «una batalla se gana o se pierde, pero se da»¹⁶. La publicación de la respuesta a una carta enviada con carácter privado, omitiendo además el mensaje original de Debray, lo presentaba como un «traidor a la causa» y revelaba que conseguía sacar documentos de manera clandestina, algo absolutamente prohibido. Fui yo quien sacó la carta y la hizo llegar a la dirección del ELN, y fui yo quien les hizo llegar la información de que el Gobierno conocía los pormenores de la apertura de un próximo foco guerrillero, y les sugerí que detuvieran los preparativos, pues se percibía el resultado negativo¹⁷. La respuesta del ELN fue notificarme que me habían incluido en la lista de los condenados a muerte por oponerme a la línea oficial de la organización¹⁸. (Decisión sorprendente en tanto que yo no pertenecía al ELN). Tratándose de una persona que entonces gozaba del apoyo cubano, se puede deducir el grado de tensión que existía entonces entre el ELN y Cuba.

La respuesta de Fidel Castro a Ovando consistió en un verdadero programa político escrito de su puño y letra. Fue un ejemplo de su dualidad: ayudar a medias la guerrilla, y entablar un diálogo a medias con el Gobierno. Excluyendo el intervencionismo flagrante, condicionar el apoyo cubano a la aplicación de un proyecto radical maximalista, dificultaba la continuidad de los contactos. El nacionalismo revolucionario de Ovando distaba del propósito de instaurar un régimen socialista en Bolivia. Durante la reunión, en la cual también participó Manuel Piñeiro, *Barbarroja*, se realizó una fotografía en donde se nos ve a los tres reunidos alrededor de una mesa de trabajo, mientras Fidel Castro escribía el mensaje. Ante mi sorpresa, Fidel Castro me aclaró que se trataba de llevarle al presidente boliviano la prueba de que la reunión había tenido lugar, pues «Ovando es un hombre muy desconfiado. Lo conocemos bien. Colaboraba con nosotros, procurándonos información, cuando fue miembro de la Junta Interamericana de la Defensa». Seguramente a ello se refería Piñeiro, treinta años más tarde, cuando declaró que contaban con la colaboración de miembros de la alta oficialidad boliviana. El general Ovando era, después del general Barrientos, quien ocupaba la máxima jerarquía militar durante el período que duró la guerrilla de Ernesto Guevara, y compartió la responsabilidad de ordenar su ejecución. La CIA niega haber impartido esa orden; al contrario, les interesaba con vida, para interrogarlo. En todo caso, cualquiera que sea quien haya dado la orden, el Estado Mayor boliviano asumió la decisión, en tanto que autoridad nacional.

Y mientras tenía lugar esta reunión con Fidel Castro en La Habana, el ELN hizo estallar la lucha armada el 18 de julio de 1970 en la zona de Teoponte. El inicio de las conversaciones entre Fidel Castro y el general Ovando quedó trunco antes de dar sus frutos. El mensaje y la fotografía fueron transmitidos a Ovando, muy debilitado ya política y psicológicamente, pues, pocos días después del estallido de la violencia por parte del ELN, perdió a

su hijo mayor en un accidente de aviación. El clima de conmoción de la sociedad y el debilitamiento del Gobierno fueron aprovechados por la tendencia derechista del ejército para dar un golpe de Estado y derrocar al general Ovando. Un triunvirato militar fugaz se hizo con el poder por varias horas, y una insurrección popular condujo al poder al general Juan José Torres, otro nacionalista de izquierda. Sometido a la presión de la Central Obrera Boliviana (COB), a la que en buena medida debía su llegada al poder, fue Torres quien finalmente liberó a Régis Debray y a Ciro Bustos. Todos los prisioneros del ELN ya habían sido liberados.

El general Juan José Torres no tardó en ser derrocado por el sector más derechista del ejército, y esta vez Bolivia se enfrentaría a la larga dictadura del general Hugo Banzer. Tras un viaje clandestino a Cuba, Torres fue asesinado en Buenos Aires por orden de Banzer, según todos los indicios. No será hasta 1989, con el retorno de la democracia a Bolivia bajo el gobierno de Hernán Siles Suazo, que se reanuden las relaciones diplomáticas con La Habana. Y el embajador será un veterano de la inteligencia cubana, segundo del equipo responsable de Bolivia en el Departamento América, organizador de las guerrillas de Ñancahuazú y de *Inti Peredo*. Además de la práctica del *entrismo*, éste se ocupará de localizar y repatriar los restos de los guerrilleros muertos con Ernesto Guevara.

IV

El clímax de la presencia cubana en Bolivia tuvo lugar en una cuarta fase. El trigésimo aniversario de la muerte de Guevara era una oportunidad que la máquina propagandística de La Habana no podía perder. Coincidió con el Período Especial y se resaltó la figura del asceta, del estoico, el rasgo sacrificial del personaje, el aprendizaje del sufrimiento. Se evitó la figura del rebelde que defendía sus ideas con las armas en la mano. Esa faceta podía ser peligrosa dados los tiempos que corrían. Es por ello que la figura de Ernesto Guevara casi había desaparecido del espacio cubano; no era fácil encontrar sus obras. Y qué mayor eficacia si la campaña se realizaba disponiendo de los restos del *Che* Guevara¹⁹. «Seremos como el *Che*» significaba capacidad de heroísmo, aguante ante las privaciones.

Para el hallazgo y rescate de los restos de Ernesto *Che* Guevara, además de técnicos y profesionales cubanos, La Habana empleó todas sus redes de contactos, reclutas y simpatizantes en Bolivia. Equipos cubanos ocuparon durante meses, incluso años, el territorio boliviano. Del embajador de Bolivia en La Habana, Franklin Anaya (*Panka Anaya*)²⁰, se decía que lo era, más aun, de Cuba en Bolivia. Él fue el gran artífice de esa operación. Los restos del Guerrillero Heroico fueron recuperados durante el primer gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada, caracterizado por la presencia en altos cargos del Estado de jóvenes cuadros bolivianos que, obligados al exilio durante la dictadura de Banzer, fueron becados por Cuba para que realizaran estudios superiores, aunque el verdadero objetivo era formar fieles.

V

Durante el segundo gobierno de Sánchez de Lozada, irrumpe con fuerza Evo Morales, asiduo visitante de Cuba, donde le realzaron sus dotes naturales de caudillo. La era de Evo Morales introduce una quinta fase de presencia cubana en Bolivia que toma los rasgos de una presencia activa, institucional, junto con personal venezolano. Cuba propició la alianza de Morales con Hugo Chávez, y éste cumple a cabalidad su papel de pródigo distribuidor de dólares. Venezolanos y cubanos están poniendo en marcha el sistema de cedulación de campesinos y de las poblaciones marginadas que permitirá, por medio de una votación masiva, instaurar el modelo vitalicio constitucional, la adaptación del totalitarismo castrista a las técnicas de la democracia. Para Evo Morales, Fidel Castro es su «abuelo». En una reciente declaración en Barquisimeto expresó: «Estoy seguro de que el 1º de Mayo el compañero Fidel se va a integrar a seguir gobernando Cuba y Latinoamérica», deseo sorprendente (como que adopte ante él una postura de subalterno dócil) en cuanto Evo Morales ha sido electo mediante sufragio universal, y no es el caso de Fidel Castro.

La influencia cubana en Bolivia ha demostrado su gran maleabilidad, y ha sabido adaptarse al ritmo de la sociedad boliviana. Han mejorado sus métodos de penetración, y gracias al *tratamiento* cada vez más perfeccionado, ha conseguido una suerte de aristocracia boliviana que vive entre La Paz y La Habana. Quedarán todavía por verse muchas fases de esa presencia cubana en Bolivia.

NOTAS

1 Humberto Vásquez Viaña señala en su obra *Una guerrilla para el Che* (Editorial RB, Santa Cruz de la Sierra, 2000, pp. 10-16), que la revolución boliviana constituyó una fuente de inspiración en la formación del Movimiento Nacionalista Revolucionario impulsado por Rafael García Bérceña.

2 Guevara, Ernesto *Che*; «Proyecciones sociales del Ejército Rebelde, enero 1959»; en *Obra revolucionaria*; Ediciones Era, México, 1967.

3 Entrevista con Mario Monje, Moscú, mayo de 1999.

4 Vásquez Viaña, Humberto; ob. cit. p. 72.

5 Íd.

6 Orlando Pantoja Tamayo (*Olo*) cayó en el combate de la quebrada del Yuro el 8 de octubre de 1967. José María Martínez Tamayo (*Ricardo, Chinchu o Papi*) murió en el combate del río Rosita el 30 de julio de 1967.

7 *Barbarroja*; Ediciones Tricontinental, La Habana, 1998, pp. 251-262.

8 Entrevista con Héctor Béjar realizada en Lima en 1998.

9 En entrevista realizada en Moscú en mayo de 1998, Mario Monje nos narró la escena de cuando Paz Estenssoro le notificó la imposibilidad de su gobierno de no romper relaciones con Cuba.

10 La explicación podría estar relacionada con lo ocurrido en Venezuela, en donde Cuba desembarcó (1966 y 1967) a la flor y nata de sus jefes militares —Arnaldo Ochoa, Ulises Rosales del Toro, Orestes Guerra, Menéndez Tomassevich, entre otros—, para combatir en frentes guerrilleros que, en 1968, se encontraban en crisis. Ese mismo año, el socialcristiano Rafael Caldera accedió al poder y decretó una política de pacificación; reincorporó a la legalidad a los insurgentes y distendió su política hacia Cuba. En esas condiciones, era comprensible que Fidel Castro diera la orden de evacuar a los cubanos y que no expresara entusiasmo por una nueva guerrilla en Bolivia.

11 Para profundizar en la historia de esta fase de la lucha armada en Bolivia, y, en particular, de los pormenores del intento guerrillero de Teoponte, ver el excelente estudio de Gustavo Rodríguez Ostría, *Sin tiempo para las palabras. Teoponte: la otra guerrilla en Bolivia* (Grupo Editorial Kípus, Cochabamba, 2006).

12 Incluso en un país fronterizo con el que Bolivia ya había compartido un proyecto de confederación en el siglo XIX, al cual puso término Chile, por considerar la unión de Bolivia con Chile como un peligro para sus propios proyectos expansionistas.

13 Por poco no se convirtió el Perú en la tumba de Ernesto Guevara, pues fue éste el primer emplazamiento que se barajó como plataforma de arranque de la revolución continental.

14 Condenado a treinta años de cárcel por su participación en la guerrilla de Ernesto Guevara.

15 Debray, Régis; «Bolivia: Notas para un análisis de la situación política»; en *Pensamiento Crítico*, n.º 37, febrero, 1970, pp. 109-128.

16 Consultar: Debray, Régis; *Escritos en la prisión*; Siglo XXI Editores, México, 1972.

17 Según información que nos transmitió el embajador de Francia —recibida a su vez del embajador de Brasil—, se estaba preparando en Bolivia otro intento guerrillero del que se conocía fecha, lugar y número de integrantes.

Información de la que ya disponía, sin duda, el jefe del Gobierno.

18 Bajo la dirección de *Chato* Peredo, el ELN provocó más víctimas entre sus propios militantes, —bien sea por divergencias políticas, por sospecha de traición o para castigar el robo de una lata de sardinas—, que los que le causó al ejército.

19 En un reportaje reciente de Mayté Rico y de Bertrand de La Grange publicado en *Letras Libres*, «Operación *Che*. Historia de una mentira de Estado», los autores ponen en duda, tras un minucioso trabajo de investigación, que los restos llevados a Cuba sean los de Ernesto Guevara.

20 Descendiente de una familia patricia de Cochabamba, fundadores del primer partido marxista de Bolivia, el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR).



The terrorist.

(Serie: El Thriller).

Óleo sobre tela, 200 x 200 cm., 2006.